



JESÚS CASQUETE

NAZIS A PIE DE CALLE

UNA HISTORIA DE LAS SA EN LA REPÚBLICA DE WEIMAR

SA

ALIANZA EDITORIAL

JESÚS CASQUETE

NAZIS A PIE DE CALLE

Una historia de las SA en la República de Weimar

Índice

LISTADO DE SIGLAS

INTRODUCCIÓN

1. LOS ORÍGENES DE LAS TROPAS DE ASALTO DEL NSDAP
2. LOS MITOS DE LA «HOFBRÄUHAUS» EN MÚNICH, 1921, Y LAS SALAS «PHARUS» EN BERLÍN, 1927
3. GEORG HIRSCHMANN, PRIMER (Y ÚLTIMO) «MÁRTIR» DEL MOVIMIENTO EN MÚNICH
4. LOS LOCALES DE ASALTO NAZIS
5. LA VIOLENCIA ES COSA DE HOMBRES
6. ANTISEMITISMO EN LAS SA
7. GUERRA CIVIL LATENTE EN ALEMANIA
8. EL SISTEMA DE SEGUROS DE LAS SA
9. LOS CRISTIANOS ALEMANES, LAS SA DE JESUCRISTO
10. EL CEMENTERIO PRINCIPAL DEL MOVIMIENTO
11. EL PULIDO PÓSTUMO DE LOS «MÁRTIRES»
12. HORST, UN NOMBRE DE PILA PARA UN PROYECTO TOTALITARIO

ANEXO DOCUMENTAL

1. Programa del NSDAP
2. Contrato de adhesión a las Tropas de Asalto de Baviera
3. Horst-Wessel-Lied /Der gute Kamerad
4. Los diez mandamientos de las SA, Joseph Goebbels
5. Ordenanza de las SA sobre seguros
6. Directrices de los Cristianos Alemanes
7. Discurso de Hitler en el entierro del SA Herbert Gatschke

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVO FOTOGRÁFICO

CRÉDITOS

A Erwin Riedmann

LISTADO DE SIGLAS

- DAP Deutsche Arbeiterpartei [Partido Obrero Alemán].
- DC Deutsche Christen [Cristianos Alemanes].
- DDP Deutsche Demokratische Partei [Partido Democrático Alemán].
- DN- Deutschnationale Volkspartei [Partido Popular Nacional
VP Alemán].
- HJ Hitlerjugend [Juventudes Hitlerianas].
- KPD Kommunistische Partei Deutschlands [Partido Comunista de Alemania].
- NS- Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei [Partido
DAP Nacionalsocialista Obrero Alemán].
- NSD- Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund [Liga de
StB Estudiantes Nacionalsocialistas Alemanes].
- NSVH Nationalsozialistische Versicherungshilfe [Auxilio de Seguros Nacionalsocialista].
- OSAF Oberste SA-Führung [Jefatura Suprema de las SA].
- RFB Rotfrontkämpferbund [Liga de Combatientes del Frente Rojo].
- SA Sturmabteilung [Tropas de Asalto].
- SABE SA-Befehle [Ordenanzas de las SA].
- SPD Sozialdemokratische Partei Deutschlands [Partido Socialdemócrata de Alemania].
- SS Schutzstaffel [Escuadras de defensa].
- USPD Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands [Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania].
- VB *Völkischer Beobachter*.

INTRODUCCIÓN

El nacionalsocialismo sigue despertando hoy al mismo tiempo la fascinación propia del Mal y la perplejidad ante lo insólito. No es para menos. El experimento totalitario nazi entre 1933 y 1945 fue el único responsable de la guerra más devastadora que ha conocido la humanidad. Las preguntas siguen rebotando con fuerza todavía hoy: ¿Cómo fue posible que en Alemania, el país que vio nacer, crecer y crear a Goethe, Beethoven o Hegel, el más cultivado de Europa, se socavase la humanidad de forma industrial y burocratizada, fría y cruel por demás? ¿Qué explicación tiene que la atrocidad asesina, quintaesenciada en el Holocausto, fuese elevada a una potencia que la aritmética histórica antes no había ni siquiera imaginado?

Se trata de una de las grandes preguntas de la Historia y, precisamente por su enormidad, se resiste a explicaciones sencillas. Entender la ruta ascendente al poder seguida por un movimiento que pregonó que no todos los seres humanos eran dignos de respeto (ni de vivir) y que unos, los arios, excedían en valor al resto, pasa a la fuerza por acercarse a la coctelera explosiva que era Alemania al término de la Primera Guerra Mundial, un momento de crisis en el que el viejo orden imperial se resistía a desaparecer y el nuevo orden democrático de la República de Weimar (1918-1933) estaba todavía por consolidar en sus líneas maestras.

A estas alturas la historia resulta familiar. Sin el Tratado de Versalles de junio de 1919 no se concibe la conquista de los votos y los corazones de los alemanes por los nazis. En virtud del tratado, los países aliados impusieron a Alemania draconianas sanciones económicas, militares y territoriales,

traducidas estas últimas en la pérdida de un 13% de su territorio continental (colonias aparte) y de un 10% de su población. Con todo, la humillación más gravosa fue la asestada al orgullo nacional. Por lo que tuvo de atizador del fuego emocional, la atribución exclusiva de culpa a Alemania acarreó unas consecuencias simbólicas imposibles de calibrar, pero con efectos reales en todo caso. El malhadado artículo 231 le atribuyó la culpa exclusiva de la guerra:

Los gobiernos aliados y asociados declaran, y Alemania reconoce, la responsabilidad de Alemania y sus aliados por haber causado todos los daños y pérdidas a los que los gobiernos aliados y asociados se han visto sometidos como consecuencia de la guerra que les fue impuesta por la agresión de Alemania y sus aliados.

Los representantes republicanos acabaron estampando su firma en un documento que fue un trágala impuesto al vencido más que el fruto de un compromiso libre. La frontal enemiga a la primera experiencia democrática en el país de los nostálgicos del viejo orden imperial, con sus querencias nacionalistas, conservadoras y antisemitas, estaba servida; la recién nacida democracia se estrenaba firmando un pacto sentido por amplios sectores de la sociedad como una afrenta administrada sin edulcorantes. Mal arranque.

A principios de 1919, pocos meses después del colapso del orden imperial y de la proclamación de la república, vio la luz en Múnich el Deutsche Arbeiterpartei (DAP) [Partido Obrero Alemán], refundado en febrero de 1920 como el Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP) [Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán]. El nazismo había irrumpido en escena para escribir la página más siniestra y devastadora de la historia europea. Su legado sobrevuela todavía hoy la vida social, cultural y política del continente en general, y de Alemania en particular. Es el legado de una experiencia histórica singular y traumática conden-

sada en el universo concentracionario, a su vez resumida en Auschwitz.

El orgullo patrio pisoteado contribuye a acceder al clima emocional de un país al que se le restregó la derrota y que se entregó con fervor creciente a los diagnósticos y terapias más nacionalistas que pululaban en el mercado de las ideologías. No es —porque un factor jamás resulta suficiente para explicar la complejidad de los fenómenos históricos— el único elemento que da cuenta del ascenso nazi al poder. El final de la Primera Guerra Mundial, el fin del orden imperial y la instauración de la democracia en Alemania vinieron acompañados de una serie de ensayos revolucionarios salpicados por la geografía del país que desasosegaron sobremanera a amplios sectores de la población; a conservadores y a liberales, pero también al sector mayoritario de la socialdemocracia. Uno de dichos ensayos para crear un nuevo orden político y social se prolongó entre noviembre de 1918 y mayo del año siguiente, precisamente en la capital bávara. Se calcula que sofocarlo costó la vida a unas 3.000 personas. Entre los máximos líderes del experimento consejista de trabajadores y soldados figuraron Kurt Eisner, Max Levien, Ernst Toller y Erich Mühsam, todos ellos de origen judío. Desde que Wilhelm Marr fundase en 1879 en Berlín la Liga Antisemita, la animadversión y la envidia organizada contra los judíos no habían hecho sino extender su veneno en la sociedad alemana. Baviera fue terreno fértil, un semillero de extremistas de derecha que, en el contexto germánico, era sinónimo de furibundos antisemitas. El experimento revolucionario dio alas a estos sectores ultranacionalistas que, al cabo, acabaron confluyendo en el NSDAP.

Los nazis explotaron a conciencia el sentimiento de humillación que sobrevoló al país en este periodo crítico tras el fin de la Primera Guerra Mundial. Desde su misma irrupción en el panorama político muniquéis martillearon la denuncia del Tratado de Versalles y dirigieron sus puños y dia-

tribas contra «marxistas» y judíos, en su paranoia, los principales responsables de la «puñalada por la espalda» del final de la contienda bélica y del estado de postración que asolaba al país. No dejaron de arremeter contra la república por el «pecado fundacional» de constituirse en democracia y de iniciar su andadura con la firma de un tratado leído como humillante, hasta conseguir arruinarla definitivamente en enero de 1933. Todo ello —y este es un factor que nunca cabe soslayar a la hora de explicar el auge del nazismo— en el marco de una profunda crisis económica, con una inflación y unas cifras de paro insólitas en el país, en particular en los años inmediatamente después de la guerra y hasta finales de 1923, y luego a partir de la Gran Depresión inaugurada en 1929. Cuando los nazis alcanzaron el poder en enero de 1933 una de cada tres personas estaba desempleada y, considerando solo a la juventud, más de la mitad. Ningún otro país occidental conoció cifras similares durante la Gran Depresión. Muchos de esos jóvenes parados y sin perspectivas acabaron nutriendo las filas del nazismo.

En cabeza del movimiento nazi figuró desde un principio Adolf Hitler, un líder carismático volcado en agitar las emociones de los alemanes hasta persuadir a muchos de ellos para que transigiesen con su proyecto racista y expansionista. Su ascensión fue vertiginosa. En sus primeros años de andadura política en Múnich, entre 1919 y 1923, la gente pagaba gustosa por asistir a sus mítines. Fue su época de «tamborrero», de agitador de cervecería, de incendiario de agravios reales o imaginados. Una década después, una parte sustancial de la sociedad alemana consagró en él al Mesías imprescindible para redimir la patria mancillada. Hitler se estrenó en 1919 llenando las salas de las cervecerías de Múnich y acabó cautivando en 1933 a muchos alemanes, los suficientes para auparle al puesto de canciller gracias a sus votos en unas elecciones celebradas en un clima turbulento en extremo, pero libres al fin y al cabo.

Hitler aglutinó en torno a su figura, condensación de la «idea» nazi en su calidad de líder plenipotenciario del movimiento que fue desde un principio, a un nutrido y creciente grupo de fieles fervientes integrados en una «comunidad incivil» que minaba las reglas básicas de la convivencia. Sus fervientes activistas compartían varias disposiciones: no creían en la inviolabilidad de los seres humanos, ni tampoco en la tolerancia como principio regulativo de la vida social y política. En su libro *Mein Kampf*, la «biblia» del nacionalsocialismo, Hitler condensó su programa en los términos siguientes:

Por lo que tenemos que luchar es por salvaguardar la existencia y multiplicación de nuestra raza y de nuestro pueblo, por la alimentación de sus hijos y el mantenimiento impoluto de su sangre, por la libertad de la patria [...] Cada pensamiento y cada idea, cada lección y todo conocimiento, han de estar al servicio de este fin.

Racismo en estado puro.

Entre los más fogosos defensores de la «raza», del «pueblo» y de la «patria» se contaron los integrantes de las SA (Sturmabteilung) [Tropas de Asalto] el «nacionalsocialismo hecho cuerpo», tal y como las definió uno de sus máximos responsables durante el periodo republicano, Ernst Röhm. La formación paramilitar nazi nació casi a la par que el NSDAP. Congregó a sus miembros más activos y dispuestos al sacrificio, vida incluida, siempre en aras de la regeneración de la patria según líneas raciales, esto es, por la forja de una «comunidad nacional» o *Volksgemeinschaft* purgada de sus elementos «sobrantes», como judíos, gitanos, homosexuales, disminuidos físicos y/o psíquicos o «asociales», todos ellos estigmatizados como extraños sociales. Los miembros de las SA empezaron siendo un puñado de «soldados políticos», siempre varones, sobre todo jóvenes, a menudo desempleados. En vísperas de la toma del poder,

unos 400.000 fieles a su programa racista pujaban por hacer real el jardín ario soñado; tras el acceso de Hitler al poder llegaron a ser cuatro millones. Se trató, después del partido, de la organización nazi con mayor número de afiliados.

Hitler lideró a su movimiento a un golpe de estado en noviembre de 1923. Fracasó. Pagó por ello menos de un año de prisión de los cinco a los que fue condenado. La historia habría discurrido sin duda por derroteros diferentes si al menos hubiese cumplido íntegra su condena, indulgente de por sí habida cuenta que lideró un intento insurreccional para arrumbar el orden democrático que se cobró las vidas de cuatro policías y 16 golpistas. Hitler aprovechó esos meses de reclusión para redactar el primer volumen de *Mein Kampf* y, de paso, para reorientar la estrategia del movimiento. En el curso de su internamiento llegó a la conclusión de que, tras el batacazo insurreccional, para cumplir con su misión de revitalizar el cuerpo racial alemán se imponía la vía electoral. El partido sería el encargado de competir en las urnas y pujar por el voto de los alemanes; las SA serían las responsables de las labores de propaganda y de arrancar la calle a golpes del dominio «marxista» en las zonas industriales, donde el movimiento obrero gozaba de particular arraigo. Que por imperativo táctico la ruta elegida fuese la electoral no quiere decir ni mucho menos que discurriese de forma pacífica. Voto y puños, elecciones y pistolas, fueron de la mano. No hubo que esperar a la llegada del Tercer Reich para descubrir la verdadera cara del nazismo; un movimiento intrínsecamente violento especializado desde su misma fundación en las peleas de cervecería y el matonismo en la calle. En la división de funciones en el seno de los nazis, ese fue el cometido que le correspondió a las SA, su modo de vida, su razón de ser.

Las Tropas de Asalto resultaron decisivas para que los nazis se hicieran con las riendas del país. Nacieron y crecieron en un clima de postración nacional, de agitación políti-

ca y de crisis económica. Supeditadas al partido, es decir, a su líder omnímodo, las SA no cejaron de hurgar en la herida de la humillación nacional, y fueron las principales inductoras, con los comunistas, del socavamiento de la república. Sus integrantes se dedicaron a difundir el credo nazi y a batirse a muerte por el dominio de la calle contra sus «enemigos» políticos, los socialdemócratas y, sobre todo, los comunistas, todos ellos subsumidos en el discurso nazi bajo la etiqueta de «judeo-bolcheviques». Unos y otros, comunistas y nazis —los principales contendientes en liza en la calle—, fueron los máximos responsables de que, a partir de finales de la década de 1920 y hasta el colapso final de la república en 1933, en Alemania reinase un clima de guerra civil latente. En la cosmovisión nazi quien pensaba de forma diferente no era concebido como un adversario a quien persuadir de la bondad de los argumentos propios, sino como un enemigo a quien doblegar y, dado el caso, eliminar por las bravas. Junto a las labores de propaganda, esa fue la tarea encomendada a las SA: arremeter contra quienes no comulgasen con la doctrina dictada por la religión política nazi por obra y gracia de su sumo sacerdote, de Hitler. Cual cruzados, sus miembros se entregaron a la misión con el fervor del creyente en una causa sagrada.

Desde su surgimiento en 1919 hasta su colapso como régimen en 1945, hay pocos fenómenos históricos tan estudiados como el nazismo. Sin embargo, del ingente cuerpo bibliográfico disponible, los trabajos dedicados a su organización paramilitar son relativamente escasos¹. Todavía hay aspectos de su historia que resultan poco conocidos, cuando no prácticamente desconocidos. Este libro se encarga de desvelar algunos de ellos. No se trata de una historia al uso, organizada cronológicamente y focalizada en los dirigentes de las SA, en su estructura, en sus luchas intestinas, en sus vicisitudes organizativas. Tampoco se detiene en otros descriptores en los que otros historiadores han fijado su atención, como el origen social, la situación laboral o la

edad de sus activistas. Esta es más bien una «historia en historias» de las SA que se centra en el periodo republicano —sin renunciar a incursiones ocasionales en el dominio nazi a partir de 1933— y cuyos capítulos pueden ser leídos de forma independiente. Desde la atención al detalle y acercándose a la historia de forma original, en sus páginas se abordan cuestiones nucleares a lo que decían y hacían las SA a modo de puerta de entrada para entender la cosmovisión nazi, como es (por destacar un aspecto intrínseco a su delirio monomaniaco) su inefable antisemitismo. No se auscultará aquí lo que otros especialistas han escrito sobre el ejército guerracivilista nazi, aunque obviamente beberemos de sus trabajos. No se trata, pues, de un libro confeccionado a partir de libros. En su lugar, acudiremos directamente a fuentes originales de la época, práctica no del todo habitual entre los historiadores y científicos sociales que se acercan a este movimiento y periodo histórico. Los temas cubiertos en sus capítulos descansan en una escrupulosa labor de documentación a partir de fuentes primarias recabadas en diferentes archivos, bibliotecas y centros de documentación de Alemania. Someteremos a escrutinio los escritos y discursos de los prebostes nazis, sobre todo —pero no solo— de Adolf Hitler y Joseph Goebbels; daremos cuenta de materiales espigados en diferentes archivos; nos serviremos de la prensa del movimiento, pero también, cuando la ocasión lo requiera, de la prensa independiente y de la vinculada a otras corrientes políticas durante la República de Weimar. Dependiendo del capítulo y del tema, el énfasis recaerá más en una fuente o en otra. Comoquiera que sea, a quien se acerque al estudio de las SA y del nacionalismo le sorprenderán los temas y materiales que hay ahí, esperando que alguien los aborde con una nueva mirada.

En los capítulos que integran el libro saldrán a relucir aspectos novedosos —en nuestro entorno académico, pero también en Alemania— de las Tropas de Asalto, como por

ejemplo el origen de su denominación como *Sturmabteilung* (SA) a partir de la inicial de «Sección gimnástica y deportiva del NSDAP». A partir de 1926 las SA se dotaron de un sistema de seguros que les allanó el camino para «pegarse a lo grande»; en las páginas de este libro se da cuenta de ello. La visión sobre la mujer de Hitler y del nazismo es objeto de otro capítulo específico, siempre a partir de documentación original para dar cuenta de una visión más bien poco novedosa. Además, el libro aborda sucesos poco o nada conocidos, como son los mitos de la cervecería «Hofbräuhaus» en Múnich y de las salas «Pharus» en Berlín; las circunstancias de la muerte de Georg Hirschmann, si exceptuamos a los caídos en el curso del intento de golpe de estado de 1923, el primer y último miembro de las SA fallecido en «acto de servicio» en la capital bávara; la figura del pastor protestante Johannes Wenzel, que prestó varios servicios de trascendencia histórica al nacionalsocialismo de los que hasta ahora no había noticia; el uso y abuso del pulido póstumo de los finados de la causa nazi, sistemáticamente presentados por su propaganda como modelos del «hombre nuevo» de la comunidad nacional en marcha, pero que en realidad no pasaban de ser unos matones; un caso de microviolencia crónica en un enclave caliente de la lucha por la calle, como era el barrio de Nostitz en Berlín-Kreuzberg, que discurrió alrededor de un local de reunión de las SA, lo que se conocía como un *Sturmlokal*; o, por fin, cómo y por qué un nombre de pila varón, Horst, llegó a encarnar durante el Tercer Reich todo un programa político. Como quiera que sea, lo singular del tema específico (antisemitismo, mujeres, mitos...) sirve de puerta de acceso al estudio de la cosmovisión nazi.

Hay dos vectores que atraviesan el conjunto del libro. Uno es la perspectiva a pie de calle, a ras de suelo, atenta al detalle y que destaca lo que los miembros de las SA hacían (su praxis) en el día a día de su misión de arrancar la calle del dominio de los «marxistas». El segundo hilo guar-